

127.
SESIÓN SOLEMNE 407

CELEBRADA POR EL AYUNTAMIENTO DE MADRID

BAJO LA PRESIDENCIA DE S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

EN HONOR DEL

EXCMO. SR. D. JACINTO BENAVENTE

EL DÍA 1 DE MARZO DE 1924



MADRID

IMPRESA MUNICIPAL

1924

SESIÓN SOLEMNE
CELEBRADA POR EL AYUNTAMIENTO DE MADRID

BAJO LA PRESIDENCIA DE S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

EN HONOR DEL

EXCMO. SR. D. JACINTO BENAVENTE

EL DÍA 1 DE MARZO DE 1924



MADRID
IMPRESA MUNICIPAL

1924



Placa entregada por el Ayuntamiento al Excmo. Sr. D. Jacinto Benavente, con su nombramiento de Hijo predilecto de Madrid,

ORDEN DE LA SESIÓN

Discurso del **Excmo. Sr. D. Alberto de Alcocer**, Alcalde Presidente.

Discurso del **Excmo. Sr. D. Mario García Kohly**, Ministro Plenipotenciario de Cuba.

Discurso del **Excmo. Sr. D. José Rodríguez Carracido**, Rector de la Universidad Central.

Lectura por la primera actriz del Teatro Español, **Doña Josefina Díaz de Artigas**, del «Canto a España», del poeta venezolano **D. Andrés Eloy Blanco**.

Entrega al Sr. Benavente de la placa artística con el nombramiento de hijo predilecto de la Villa, que le dedica el Ayuntamiento de Madrid, e imposición de la Gran Cruz de Alfonso XII.

Discurso del **Excmo. Sr. D. Jacinto Benavente**.

Discurso del **Excmo. Sr. Marqués de Estella**. Presidente del Directorio Militar.

**DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. ALBERTO
DE ALCOCER, Alcalde Presidente.**

Hablar en nombre del pueblo de Madrid, llevar la voz de esta gloriosa Villa y de su ilustre Municipio, es en toda ocasión grandeza abrumadora para el más orgulloso ciudadano. Pero en la ocasión presente, cuando España entera y todos los pueblos de lengua castellana, representados aquí bajo los nobles auspicios de nuestro Rey, con presencia suya y de su Gobierno, vienen a rendir homenaje solemne al Príncipe de los modernos ingenios españoles, sube de punto la solemnidad del trance, singularmente para mí, modesto ciudadano, que por feliz obligación he de expresar aquí los sentimientos del alma popular.

Pero, precisamente, cuanto más humilde, cuanto más ingenuo sea el portavoz de la muchedumbre en tales casos, más auténtica y familiar habrá de ser aquí la representación de este pueblo madrileño, cordial y fervoroso, que antes que nadie supo admirar y aplaudir las obras de D. Jacinto Benavente, consagrándole por su autor favorito, rindiéndole agasajos precursores de la consagración universal con que hoy, en la cumbre de su gloria, llega de nuevo ante nosotros. Fué Madrid su Villa natal, la Corte y el corazón de las muchas Españas que hay en el mundo (madre cariñosa y fértil de tantos ingenios peregrinos), quien alzó entre palmas y laureles a su hijo predilecto, el autor de *Los intereses creados*, como en otro tiempo a Lope de Vega, a Tirso de Molina y Calderón de la Barca, manteniendo así, de siglo en siglo, las tradiciones gloriosas del gran teatro español. Y es Madrid, este vehemente y generoso pueblo de Madrid, tan expresivo con sus poetas, con sus héroes, el pueblo que no ha mucho acompañaba en clamorosas manifestaciones a Echegaray, a Galdós, a Benavente; es Madrid también quien ahora recibe con el alma y con los brazos abiertos al creador de *La Malquerida*, de tantas obras insignes, dechados insuperables de vigor y de gracia, de emoción y de ironía, de pensamiento y de ternura.

Y hay en este homenaje no sólo el entusiasmo, el amor de un gran pueblo a su poeta; ese calor de corazón de las multitudes, sin el cual la gloria es algo hermoso, pero frío: hay también una dulce intimidad de hogar, de casa propia llena de recuerdos, unos alegres, otros melancólicos; pero

todos impregnados de vida pretérita y familiar. Nadie como D. Jacinto Benavente para percibir con su sensibilidad exquisita esa emoción sin palabras que yo me atrevo a recoger en las mías, sintiéndola muy hondo en los corazones ajenos y el propio corazón.

Porque en el hidalgo solar madrileño, donde tuvo su cuna el gran escritor, echó firmes raíces su linaje, así como la admiración y la gratitud de las gentes a su ilustre apellido. Antes que en la persona de este Maestro de las Letras, Madrid amó el nombre de Benavente en la persona de su nobilísimo padre, aquel apóstol de la Ciencia, cuyo busto preside los juegos infantiles en uno de los lugares más hermosos del Retiro, como símbolo de la ternura que por los niños sintió el doctor famoso, y que de él heredó, sin duda, el literato excelso.

Gloria, pues, y afecto perennes a quien tan gloriosa y amorosamente puso el nombre suyo, a la par que el nombre de su Patria, en las cumbres de la inmortalidad; honor y ventura a quien, como español y madrileño, el pueblo y el Municipio de esta Villa tributan aquí sus más fervorosos homenajes.

**DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. MARIANO GARCÍA
KOHLY, Ministro Plenipotenciario de Cuba.**

MAJESTAD, SEÑORAS Y SEÑORES:

Se formula por el autor de uno de los más sugestivos libros concebidos por la espiritualidad humana, esta pregunta: ¿Cuál es o cuáles son las formas más bellas, más puras y elevadas de la gloria? Mi respuesta a la pregunta es esta: O la santa gloria de morir por la Patria, cayendo heroicamente sobre los campos ensangrentados de batalla, o la gloria excelsa de vivir para la Patria y para la Humanidad, surgiendo luminosamente sobre los campos eternos e inmortales del pensamiento y de la inteligencia.

He ahí, en mi sentir, sus dos formas más bellas y más puras. Cuando el rugido trágico de guerra repercute, vibrante y atronador, en la conciencia estremecida de los pueblos, entonces, entre las nubes negras del combate y entre las llamas rojas del incendio, fulge y brilla la gloria del patriota. En las horas radiosas de la paz, sobre los campos fecundos y dilatados del pensamiento y de la idea, en el ambiente augusto y sereno de la justicia y de la cultura, brillan y esplenden la gloria del pensador, la luz del arte y el fulgor del genio. Si este acto constituye una solemnidad magnífica de suprema justicia y de excelsa cultura, justo es que se consagre—como se ha consagrado—a honrar el genio y enaltecer el arte. (*Aplausos estruendosos.*)

No voy yo en él—no obstante—, no voy en él, requerido a pronunciar algunas frases, a incurrir en la audacia de emitir un juicio o realizar un estudio respecto a la personalidad literaria insigne ni a la obra teatral inmensa del pensador genial, en cuyo honor y homenaje nos reunimos, emocionados y conmovidos, hoy. Para que el apologista sea digno del elogiado, es preciso que, en la materia que inspira el tributo, exista una relación de recíproca grandeza entre uno y otro. Se concibe a Víctor Hugo enalteciendo a Shakespeare. A Carracido honrando a Benavente. (*Muy bien*). Es, por tanto, al mentor ilustre de la juventud española, al rector honorable de la Universidad Central, a quien corresponde, con legítimo derecho y con sobrados títulos, la misión altísima de destacar en toda su importancia y señalar en

toda su grandeza la obra del autor insigne de *Los intereses creados*, de *La Malquerida*, de *La noche del sábado*, de *La comida de las fieras*, y de tantas, tantas y tantas obras cumbres de la literatura contemporánea universal.

Yo traigo a este acto una misión distinta; requerido para ello, vengo solícito a aportar el voto y a traer el eco de amor, de devoción y de respeto de los representantes políticos iberoamericanos; es decir, de todos los hijos de América, que políticamente hemos dejado de ser españoles, pero que seguimos siéndolo por el espíritu, por la sangre y por el alma. (*Grandes aplausos interrumpen*). Vengo a traer a este acto el testimonio de amor y de respeto de los hijos de América, celosos de nuestra estirpe y fieros, al par que de nuestra independencia soberana, de nuestra augusta e inmortal genealogía; a deciros, recogiendo el eco de un latido y de una palpitación del alma y del corazón americanos, que nosotros también nos inclinamos reverentes y saludamos respetuosos ante el nombre y la fama de ese hombre, cuya obra encarna tanta gloria; que si sentimos, como si fueran propios, vuestras grandezas y vuestros triunfos, vuestros dolores y vuestras amarguras, es porque no es una vana frase, sino una efectiva realidad, la de que son una misma sangre y una misma alma—la sangre heroica y el alma inquieta de la raza hispana—, la que corre atormentada en nuestras venas y la que vibra ardiente en nuestro pecho. (*Ovación.*)

Y cumplido ese encargo y realizada esa misión, y puesto que no a virtud de una expresión hipócrita de modestia falsa, sino de un reconocimiento honesto de incompetencia literaria cierta, quiero inhibirme de emitir un juicio respecto a la personalidad insigne de D. Jacinto Benavente, permitidme, para justificar de esa manera mi intervención (inertada por la bondad exquisita del señor Alcalde) en este acto, que desarrolle brevísimamente el concepto esbozado en mis palabras iniciales, al referirme a aquellas dos altas, puras y más sagradas formas de la gloria a que puede aspirar el alma humana, para deciros que existe, a juicio mío, un nexo tan estrecho y una identidad tan íntima y cumplida entre una y otra, que no sólo no se contradicen ni se combaten, sino que, por el contrario, se integran y completan; que no hay manera más alta de enaltecer la Patria que la de honrar el arte que esa Patria produce; que en toda obra cultural hay una manifestación eminentemente cívica y patriótica; que si a las patrias las crea y genera el heroísmo, el sufrimiento, la abnegación, el sacrificio y el martirio, lo que afirma y consolida su grandeza es la cultura y lo que embellece y perpetúa su renombre, el arte. (*Aplausos estruendosos.*)

He ahí la transcendencia patriótica que entraña y se deriva de todo acto cultural. He ahí, señores, el secreto de todo el prestigio y toda la grandeza

del nombre de los pueblos artistas en la historia; he ahí el secreto de todo, el prestigio y toda la grandeza del nombre de los artistas en los pueblos.

En el curso incesante, en el desenvolvimiento progresivo, infinito, continuado e inacabable de la vida y la historia, subsisten y perduran, inmanentes y eternos, a través del tiempo, más que los hombres que han legado a la posteridad el recuerdo brillante y luminoso—pero circunstancial y transitorio—, de una victoria pasajera o de una conquista efímera, los nombres que han acrecido el acervo de la humanidad con el tesoro inagotable de una idea, de un pensamiento, de un principio, de un progreso, de un programa o de una obra; es decir, los nombres que han acrecido el acervo de la humanidad con los tesoros espléndidos de la cultura, o con las bellezas inextinguibles de las artes.

Mirad a la historia. Las Termópilas y Maratón no dicen a la historia de la grandeza helénica lo que el nombre de Homero. Y cuando un día, en el andar del tiempo y el correr de los siglos, la grandeza política griega sea abatida, cuando un día las falanjes musulmanas claven sus estandartes victoriosos sobre los muros desportillados de sus ciudades sometidas, del polvo del infortunio y del dolor de la derrota, habrá algo que sobreviva, indestructible y victorioso y es la literatura y el arte helénicos, que harán a Grecia imperecedera e inmortal. Y abatida políticamente, y destruidos su nacionalidad y su poderío, y deshecha la obra de sus guerreros y sus caudillos, y aun disipado y desvanecido el recuerdo de sus héroes, Grecia será eterna por la obra de sus artistas inmortales, y el mundo entero se inclinará emocionado y reverente al pronunciar su nombre; porque todos los artistas de la tierra, irán a iluminar su pensamiento, a encender su espíritu y deslumbrar su alma en la llama de fuego inextinguible de las páginas de la Iliada y la Odisea. (*Gran ovación.*)

¿Queréis otro ejemplo? Mirad hacia Francia. En Francia, después de las tormentas revolucionarias que agitan y conmueven el organismo nacional en el período histórico desde el 89 hasta el 93, allá, en las tristezas del destierro, en las nostalgias de la emigración, en los dolores del forzado e impuesto alejamiento de la Patria, un hombre da a ella y al mundo las poderosas concepciones de su cerebro y de su alma. Y esa obra sí queda. Y esa obra subsiste. Y en sus libros excelsos va la posteridad a recoger lecciones y enseñanzas, porque ellos no son, cual la victoria pasajera o la conquista efímera, que una nueva victoria destruye o una nueva conquista esteriliza en la sucesión no interrumpida de triunfos y de dolores, que constituyen, en perpetua alternativa, las páginas de oro y sangre del libro de la historia, sino la obra, permanente como la humanidad, solemne como el destino,

severa cual la conciencia, intensa como el alma, inquieta como el espíritu y atormentada cual la vida del genio, que, recogiendo los latidos y las palpitaciones de un mundo, de un siglo, de una sociedad y de una época, le instruye, con caracteres indelebles, su proceso, y va proclamando ideales, principios, aspiraciones y sentimientos, que no pueden ser a la humanidad indiferentes, porque responden a la realidad de los impulsos, de los anhelos y de los dictados que dirigen y conducen la existencia humana en esa eterna lucha que es la vida, lucha que el arte refleja y que en la literatura se llama, con Cervantes, el ideal frente a la realidad; con Shakespeare, el castigo y el remordimiento frente al crimen; con Byrón, la libertad frente a la opresión, con Benavente, la verdad y la belleza frente a todos los convencionalismos y todas las lacerías de la vida. Verdad y belleza a las que son un canto eterno todas las obras de Jacinto Benavente; verdad y belleza que en *La noche del sábado*, en *La comida de las fieras*, en *Gente conocida* y en *Lo cursi*, triunfa sobre todos los tartufismos e hipocresías del ambiente; que en *Los intereses creados*, en esa obra magna del espíritu y el ingenio humanos, en esa inmensa sátira contra una realidad, que no es ni española ni americana, ni antigua ni presente, sino una realidad de todos los tiempos y todas las edades, humana, cosmopolita, universal y eterna, triunfa y se impone, en medio de aquel ambiente de codicias sórdidas y de intrigas miserables, encarnada en la figura de esa casta, ideal y pura Silvia, la enamorada de Leandro, en cuya alma de piedad ingenua y de devoción sencilla, deja su genio un beso de eterna, excelsa, inmensa e inextinguible luz, con la poesía infinita de un amor. (*Gran ovación*)

He nombrado a Cervantes, acaso por esa evocación natural con que el nombre de un genio se asocia al recuerdo de otro. Y creo, señoras y señores, que no existe en la historia de la humanidad—en abono de la tesis que os expongo—, una figura más representativa de una gloria y de un nombre, que se unan de tal manera a la gloria y al nombre de una patria y que constituyan un exponente y un símbolo más excelso de la grandeza y el honor de ella.

¡España, nación ilustre, progenitora e inmortal, a la que el alma americana, desvanecidos definitivamente los enconos y celos, que separaron nuestras banderas distintas y nuestros destinos comunes, rinde y ofrece el tributo de amor y de respeto que corresponde y cuadra a su grandeza! ¡Nación cuya historia encierra todos los heroísmos y atesora todas las audacias y contiene todos los sacrificios y guarda todas las enseñanzas! ¡Nación, que, desde Sagunto hasta Gerona y desde Numancia hasta Zaragoza, enseñó a todos los pueblos cómo se muere en defensa del suelo heroico y

profanado de la Patria! Que con el Cid y Gonzálo de Córdoba asombró al mundo con el fulgor de sus hazañas, y en la aventura del descubrimiento y la conquista de América lo deslumbró con sus proezas legendarias; España en todas las épocas de la historia, presenta al mundo nombres y hombres, que la historia recoge para ofrecerlos como ejemplo y modelo a la admiración asombrada y enardecida de los hombres. ¡Y ved, señores, el poder del genio! En esta tierra fecunda, en esta tierra gloriosa de los reyes augustos y de las reinas magnánimas, de los conquistadores audaces, de sabios y de santos, nace un día, en Alcalá de Henares, un hombre obscuro, pobre, modesto y humildísimo. Ese hombre es Miguel de Cervantes Saavedra. Ese hombre escribe un día *El Quijote*, un poema inmenso y eterno de idealismo, de amor y de dolor. Sobre su frente fulge el sol de la inmortalidad y de la gloria, y cuando el mundo—el mundo culto—se refiere a España, la llama así: ¡la Patria de Cervantes! (*Grandes aplausos.*)

Yo advierto, señores, entre la obra magna de la literatura universal, y la obra cumbre de la literatura de Benavente, repetirse la misma antítesis, inspiradora de una y otra; la antítesis eterna del idealismo frente a la realidad. Y es que los genios son coincidentes a través de la diversidad de los personajes, de la diferencia del tema, y de la disparidad en el desarrollo del asunto. Pero en uno y en otro, preside a su labor la misma idea generadora. Y si esto es cierto, ¿cómo negar la estirpe genuinamente española del más mundial de los actuales literatos de la España?

¡El ideal frente a la realidad! Polos opuestos y antagónicos y sin embargo complementarios, que, en permanente antítesis y en perenne pugna dividen y completan la existencia universal. Lucha eterna y permanente entre dos fuerzas que a la par que se oponen, se contradicen y se niegan, se integran y completan. Esas fuerzas se llaman en la vida de la naturaleza, la luz y las tinieblas; se llaman en el orden de la filosofía moral, el concepto del bien y la noción del mal; se llaman en la esfera científica, la verdad y el error; se llaman en el orden del tiempo el porvenir y el pasado; se llaman en el cuadro de los anhelos y de los horizontes de la vida, realidad e ideal. Ideal que es quimera, que es poesía, que es ilusión; realidad que despoja de los ropajes deslumbrantes de la fantasía, el duro barro y la tosca arcilla de que está formada la envoltura humana, y que nos repite inflexible y con persistencia inexorable la fatal sentencia que nos recuerda que sólo de mísero polvo hemos salido y que al mísero polvo volveremos. (*Aplausos estruendosos.*)

Benavente ha hecho obra admirable, porque ha hecho obra simbólica. Porque ha acertado a dar vida, carne, sangre, ser, espíritu, realidad y expre-

sión a esas dos fuerzas que en permanente antítesis se disputan el predominio del sentimiento y de la inteligencia humana. Y gran corazón y experto psicólogo y supremo entendimiento, no sólo ha caído siempre del lado del ideal, enalteciendo los personajes que lo encarnaron o lo representaban, sino que, observador experto del corazón humano, ha comprendido que para revestir a esos sus tipos ideales de excelsitud sublime, era preciso atribuirles las dos supremas causas, generadoras de todas las grandezas en la vida y el arte, el amor y el dolor; que si miráis, señores, toda la obra que, en la vida del teatro, que es el reflejo de la existencia real, vive sin marchitarse en la memoria, veréis que son esos dos hermanos, casi siempre gemelos, los que mantienen con su fecunda savia, su existencia inmortal y perdurable. Y es, señores, que sin amor que vibre o sin dolor que estalle, ya en rugidos atormentados con Otelo, ya en quejidos lastimeros con De Grieux; ya en sarcasmos terribles con Mefisto; ya en maldición postrera de Valentín, ya en suspiros languidecientes de Romeo, ya en contorsión grotesca en Rigoletto, ya en locura aterradora del Rey Lear, ya en desesperación altiva como Magda, ya en sufrida abnegación de la Señora Ama, ya en la sublime inmola-ción de la doliente madre de La Malquerida, ni el arte es arte ni el artista artista; que sin lágrimas transparentes—ha dicho un gran poeta—no hay ojos luminosos, y sin dolor acerbo no hay corazón sensible; y el arte, como la religión, necesita, para su inmortalidad, de la pasión y del martirio, génesis de la vida—por el amor y para el dolor creada—, y sólo por el amor y por el dolor dignificada, embellecida y aureolada con el fulgor soberbio de la pasión y el genio..... (*Gran ovación.*)

MAJESTAD:

Nosotros, los hijos de la América española, que aprendimos a veros en vuestra condición de jefe de la nación ilustre y progenitora, como el representante de todas las virtudes heroicas y caballerescas de la raza; nosotros os decimos, viéndoos en este acto, dispuesto a colocar por vuestra propia mano sobre el pecho donde late el gran corazón de Benavente, la merced con que le enaltecéis, y que para seros más amada, ostenta el nombre de vuestro augusto padre, que nunca parece más alta vuestra misión, ni más bella vuestra prerrogativa, que cuando se ejerce como ahora la ejercitáis, en discernir honor a quien tanta honra a su Patria ha dado; que nunca parece más puro el resplandor de la corona real, que cuando alumbra, con un destello de su propia gloria, el nombre y la fama, que tanto nombre y que tanta gloria, para su Patria y su raza alcanzan. (*Inmensa y prolongada ovación.*)

**DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ RODRÍGUEZ
CARRACIDO, Rector de la Universidad Central.**

SEÑOR:

No se celebra acto de cultura en nuestra Patria que no sea obligado comenzarle rindiendo a V. M. homenaje de gratitud por enaltecerlo con su augusta presencia. Vino a España Einstein, el gran transformador revolucionario de los principios de las ciencias físicas; la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales celebró una sesión en su honor y V. M. la presidió autorizando aquel acto con todos los resplandores que de la Majestad se desprenden, donde quiera que el Augusto Monarca se presenta.

Celebra la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias sus Congresos, y a las sesiones inaugurales S. M. acude también a presidirlas, y, si cabe, cada vez con mayor entusiasmo, como aconteció en el último de Salamanca, en que no sólo se celebró una manifestación de la vida científica española, sino que se realizó una consolidación de los sentimientos fraternales entre españoles y portugueses. Vuestra Majestad puso en la inolvidable fiesta espiritual su gran alma de gran patriota para realzar la obra de fraternidad entre los dos pueblos ibéricos. Hoy, el Ayuntamiento de Madrid, dando una muestra, como la ha dado en otras muchas ocasiones, de la altura de sentimientos y de la grandeza de ideas que inspiran sus actos, rinde homenaje, no a un hombre de los intereses materiales, sino a uno de los más puros, de los más altos intereses del espíritu, celebrando esta fiesta y V. M. viene a presidirla también. Es siempre V. M., quien da el brillante realce que adquieren fiestas de esta naturaleza, porque V. M., amante del mayor esplendor de las fiestas del espíritu, es un insustituible, un ferviente alentador de toda obra patriótica en lo que a manifestaciones del espíritu se refiere, consciente de que la vida de todos los pueblos, aunque se traduzca, en último término, en grandeza material tiene, sin embargo, como primer motor, la vida del espíritu.

Pero, Señor, ¡cómo se reproducen los hechos a través de los tiempos aunque parezcan desemejantes a primera vista! Allá, en el promedio del

siglo último pasado, España celebró un grandioso acto de homenaje al poeta de las libertades patrias: Quintana. Ese acto se celebró en el salón del Senado, recibiendo el poeta de manos de la Reina Doña Isabel II la corona que se le dedicó, y llevó la voz de la Patria una excelsa, una magnífica, una grandiosa poetisa cubana: Gertrudis Gómez Avellaneda; que entonces Cuba era tierra española en el sentido político. Aunque era el alma cubana la que palpitaba en el pecho de aquella insigne poetisa, era, sin embargo, una compatriota nuestra quien hablaba. Hoy, al reproducirse este acto, semejante a aquél, en que también se honra, se enaltece como se merece a un excelso genio de nuestra literatura, S. M. autoriza, sanciona el acto con su presencia y un cubano es quien lleva precisamente la voz de la raza en los términos elocuentísimos, magníficos y grandiosos que acabamos de oír. Fundamentalmente el mismo hecho; entonces fué la voz de una poetisa cubana hablando en nombre de la Patria, hoy es la voz del gran orador cubano en nombre de toda la América española y en nombre de nuestra raza. Puedo decir que es todavía, si cabe, más significativo el acto que hoy se está realizando; porque si es verdad que Cuba entonces era española, y lo era en absoluto, porque los lazos políticos la unían a nuestra Patria, hoy, ya independiente, puede manifestar sus sentimientos con entera libertad y éstos no han podido ser más efusivos, en la forma que lo ha hecho el insigne orador Sr. García Kohly. Aquellos términos en que se expresara la excelsa poetisa eran magníficos y sinceros sin duda alguna; pero los del Sr. García Kohly todavía nos halagan más porque no cabe dudar de la espontaneidad del sentimiento que los produce, de ese sentimiento de amor a la raza tan ferviente en el alma de quien lo ha exteriorizado, pues de no haber sido así hubiera prescindido de poner de relieve ese cariño y ese amor que palpitaba tan elocuentísimamente en sus brillantes períodos.

(Grandes aplausos.)

Al ser requerido para hablar en este acto en el que se glorifica a un literato, agradeciendo el honor con toda el alma me he resistido mucho a intervenir en él porque no encontraba justificada mi intervención.

Aparte de la representación de la Academia Española que ostento conjuntamente con el gran poeta Sr. Sandoval, se me ha significado con el papel de Rector de la Universidad para que yo llevase la voz en este acto en nombre de los establecimientos docentes.

Así a primera vista no está muy en carácter el representante oficial de la enseñanza para enaltecer, para loar, a un escritor cuya acción se ha ejercido por completo fuera de las aulas universitarias, habiéndolo presentado la obra de su mentalidad en los escenarios, que parecen los lugares más libres

y más fuera de toda disciplina académica. Sin embargo, esta aparente diversidad no es más que aparente: hay una profunda identidad entre la una y la otra deteniéndose en su cotejo.

Persona de gran autoridad, no sólo por sus méritos personales, sino por su significación social y por su autoridad religiosa, dijo que el Teatro superaba a todas las especulaciones de la Filosofía, a todos los documentos de la Historia, para la enseñanza y para la dirección de los pueblos.

En efecto, señores, no creo que haya cátedra como el Teatro: allí se está constantemente dando lecciones de tesis, pero dadas de la manera que producen la mayor eficacia posible; porque así como el que ejerce la autoridad con la mayor eficacia es aquél que mejor sabe disimular el ejercicio de esa autoridad, así también la educación que más penetra en el alma es aquella que se recibe sin el propósito de tal educación. (*Muy bien.*)

El que va a una cátedra a recibir enseñanza, aunque tenga amor a la ciencia, siempre ve algo a que tiene que someterse: el que va al teatro va con el ánimo libre, con el propósito de divertirse y allí, sin advertirlo, encuentra una cátedra donde el autor desarrolla una tesis, pero donde el que alecciona, ya sea con la impresión de la tristeza o con el regocijo de la sátira, desaparece por completo, pues no hablan más que sus personajes, quienes van desarrollando gradual, lógicamente, los términos de la tesis, sembrando sentencias, pensamientos profundos, como los que hay en las obras de Benavente; ideas exquisitas que el público va depositando en su conciencia; y así, de esta manera, recibe una lección como la pudiera recibir en la mejor de las cátedras, sin advertir la misión doctrinadora. (*Muy bien.*)

Ved, después del cotejo, si resulta justificado y admisible el pretexto, para que el Rector de la Universidad, Catedrático de Química, venga a tomar parte en un acto tan genuinamente literario como el que estamos celebrando.

Pero, señores, el poeta dramático es muy singularmente la representación y el espejo de su Patria, y, ¡ay de aquel dramaturgo que no sea reflejo y expresión del alma nacional! Ese es un dramaturgo que nace muerto para sus obras y para su reputación; pero por lo mismo que la obra teatral es obra nacional, ha de corresponder al estado de ánimo de su pueblo en el momento en que ella se concibe, y en el momento en que se ejecuta.

Por eso nuestro grandioso Teatro del siglo xvii es el teatro de las grandes hazañas; porque aquella España prepotente en el mundo impuso los hechos deslumbrantes de su historia a los dramaturgos para que dijeran a su pueblo con palabras de cualquiera de sus personajes: éste eres tú.

Pero Benavente ha venido al mundo en una época en que el estado de

España no era ese; no era, sin embargo, un estado, como se suele decir, de desaliento y de postración pues yo no creo nunca en el irreparable decaimiento de un pueblo como el nuestro que tiene la tradición y la historia gloriosa de España. (*Aplausos*).

Pero su vida no era, ni mucho menos, la de un período heroico; no había una España vencedora, triunfante en todas partes, dueña de un ideal político que realizaba en todos los sitios donde lo podía desde luego imponer, sino que se encontraba en un momento en que España debía transformarse, debía renovar todo lo antiguo; no porque lo antiguo fuera despreciable, eso nunca jamás debemos consentir en ello; había cumplido su misión y ya no era lo actual. Había que hacer una España nueva, y cuando se presentan estos momentos, tanto en la vida del pensamiento individual como en la vida colectiva, viene, desde luego, el examen de conciencia, y el examen de conciencia es lo que pudiéramos llamar la obra crítica; y así como en la Filosofía hay momentos en que se desarrollan los grandes sistemas filosóficos en que por comunidad de ideas se va desarrollando todo el contenido científico, formando los que algunos han llamado las catedrales del pensamiento; pero vienen otros después que dicen: es menester revisar los valores, discutirlos y aquilatarlos, y viene entonces en la Filosofía el período que se llama crítico; pues así también en la vida de los pueblos hay, aparte de esos momentos de unidad de acción, de conciencia firme, otros en que la renovación es necesaria. Esos momentos son aquellos de crisis espiritual, de crisis moral, de crisis mental, de crisis de todos los ideales.

En este momento ha aparecido Benavente, y su teatro podemos llamarle *teatro crítico*; y lo mismo que la obra del Padre Feijóo fué la censura severa de la mentalidad de su época, así también nuestro dramaturgo de las primeras décadas del siglo xx ha recogido todos los sentimientos, todos los anhelos dispersos en su Patria y los ha presentado en obras fundamentalmente críticas.

La obra de Benavente es obra crítica que al mismo tiempo que expone y razona los anhelos de renovación, sabe expresarlos en almas que los sienten con sensibilidad exquisita.

Esta es la obra magna de Benavente, y el Ayuntamiento de Madrid, generoso y grande como siempre, hoy enaltece y honra al autor de esa obra. Pero el Ayuntamiento de Madrid en este momento muestra, como ha mostrado siempre, que no tiene sólo la representación municipal, sino la representación nacional, y aun puede decirse que la representación humana; porque Benavente ha ganado el premio Nobel, que es la consagración mundial de todas aquellas figuras cumbres que señalan a la humanidad nuevos derroteros.

En esta ocasión, como en otras muchas, el Ayuntamiento da la muestra de su alteza de miras y de su generoso espíritu. No hay pueblo más generoso que Madrid; a los que a él llegamos no nos pregunta de donde venimos, sino lo que deseamos hacer; y pueblo tan cordial para los que no son madrileños ¿cómo no había de serlo para el madrileño preeminente a quien hoy festeja? (*Aplausos.*)

No digo más, sino que España entera, la intelectualidad del mundo que conoce desde luego y estima lo que vale la obra de Benavente, agradece al Ayuntamiento de Madrid el homenaje que hoy le tributa y a S. M. por sancionar con su presencia este acto, que es como recibir la sanción definitiva; porque así como las leyes, aun aprobadas en Cortes, no tienen fuerza ejecutiva si no las sanciona el Rey, todo acto no tiene sanción definitiva, aunque lo realicen entidades del más elevado prestigio, si no tiene la sanción regia definitiva, y esta sanción se la ha dado S. M. presenciando y honrando este acto con su presidencia. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

**POESÍA LEIDA POR LA SRA. D.^a JOSEFINA DÍAZ
DE ARTIGAS, primera Actriz del Teatro Español.**

CANTO A LA MADRE PATRIA

Yo me hundi hasta los hombros en el mar de Occidente,
yo me hundi hasta los hombros en el mar de Colón,
frente al sol las pupilas, contra el viento la frente,
y en la arena sin mancha sepultado el talón.

.....

¡Noble encina española de los conquistadores
que en mitad del Océano perfumas el ciclón,
bajo el mar las raíces, junto al cielo las flores
y perdida a los cuatro vientos la ramazón!
¡Cuando yo florecía, con los brazos tendidos,
eras tú quien estaba floreciéndome así,
y fui sonoro porque tuve nidos
cuando tus ruiseñores anidaron en mí!

.....

Desprendida del texto, sobre la mar caía
de Balaam la vieja profecía.
Con un fulgor total de luna llena,
marcando el derrotero,
parecía colgada de una antena
la mirada de Dios en el lucero.
¡Estrella que defines sobre la frágil onda
la ruta del bajel,
en ti sintetizaron su mirada más honda
los ojos de Isabel!
¡Tú recuerdas al nauta en su camino,
que es Dios quien fija el rumbo y da el destino
y el marino es apenas la expresión de un anhelo,
pues para andar sobre al azul marino
hay que mirar hacia el azul del cielo!
¡Qué sorpresa oceánica, qué abismal armonía
la de aquellas auroras sin tormenta ni bruma,
mientras en los costados de la «Santa María»
derribaban las olas sus jinetes de espuma!
¡Qué prodigio de azul! ¡Las carabelas
tienen azul arriba y abajo y adelante!

Sólo un blanco: las velas,
y un verdor de esperanza: el almirante.
«¡Quiero volver a España!», clamó la algarabía,
porque no presentía en esa hora
que estando atrás España su barco dirigía
hacia España la prora.
Y cuando al fin la anunciación de Triana
fué de grímpola en grímpola, de mesana en mesana,
y en pleno mar la isla irguió su flor,
para los Reyes Magos que buscaban su nido,
aquel mundo del mar recién nacido,
fué como el de Belén el Salvador!

.....
Esa era América ¡Nadie le dió nada!
De ti lo esperó todo; tú fuiste el dios y el hada;
su palma estaba sola bajo el celeste azur;
su luz no era reflejo, sino lumbre de estrella;
presintiendo tus cruces, ya había visto ella
cien calvarios sangrando bajo la Cruz del Sur.

.....
Para cantar a España traigan a nuestro coro
unos su voz de bronce y otros su voz de oro.

¡Poeta, labrador, soldado, todos,
en diversos altares y por distintos modos,
poetas por el númen vital del optimismo!
¡Canten sus églogas los labradores,
entone el jardinero su madrigal de flores
y agite el navegante su poema de abismo!

¡Y canten por la España de siempre, por la vieja
y por la nueva, por la de Pelayo
y por la que suspira tras la reja;
por la de Uclés y la del Dos de Mayo;
por la del mar y por la de Pavía
y por la del torero..... ¡España mía!
pues siendo personal eres más grande;
por la de Goya y por la de Berceo,
y por el Pirineo,
que ansiando más azul subió hasta el Ande.
Por toda España, torreón de piedra,
con un Cristo tallado bajo tala de hiedra.

Por la que da una mano del Quijote en Lepanto
y en Calderón descifra, como Daniel, la Vida,
y por la que saluda y tira el manto
cuando la cigarrera va a la corrida.....
Por Gerona sin Francia, por Numancia sin Roma,
por Galicia emigrante, por Valencia huertana;
por la que se sonroja cuando asoma
el estilete de Villamediana;
por un Alfonso Díez, que hace las leyes;

por un Alfonso Trece, que es la ley de los Reyes;
por la que, mientras ruge Gonzalo en Ceriñola,
toma una espina al huerto de Loyola,
toma una flor al huerto de Teresa;
por Aragón, que el fuero consagra y multiplica;
por Aragón, donde la Pilarica
dijo que no quería ser francesa.....

Por León y Asturias, Aventino de España;
por Guipúzcoa, dormida en la montaña;
por los tres lotos de las Baleáres,
y por Andalucía que va a Sierra Morena,
y por Andalucía de la Macarena,
y Andalucía de los olivares.....

Por Canarias del Teide, que es un fanal y un grito.....
—canario de Canarias..... ¡oh, dulce don Benito—

Por Cataluña, cuerno de abundancia;
por Navarra, que dijo «¡Mala la hubiste, Francia!»;
por las lanzas de Diego velando una Menina;
por la tierra que ríos de maravilla riegan
y por Castilla, a cuyos pies doblegan
Saúl la espada y Débora la encina.
Castilla, hembra de acero de forja toledana,
cuyo encanto en la vía requiebró Santillana.
Castilla que en las armas de Santander gobierna
su nave con las velas hinchadas de galerna;
Castilla del Imperio y de Padilla;
¡Castilla, que en sus Reinas es la madre Castilla
para los goces y los desamparos,
desde Isabel que forma la escuadrilla,
hasta Victoria de los ojos claros!.....

¡Y canten por la España ultramarina,
la que dirá a los siglos con su voz colombina
que el Imperio español no tiene fin,
porque aquí, madre mía, son barro de tu barro
• lobeznos de Bolívar, cachorros de Pizarro,
nietos de Moctezuma, hijos de San Martín!
...¡Y una voz que refleja la exaltación suprema
por el prodigio vasco sintetice el poema!
¡Por el prodigio vasco! Tierra de Rentería
donde el primer Bolívar, mirando al mar un día,
pudo decir: «¡También Vizcaya es ancha!»
¡Por ti, cántabra piedra, que me diste la gloria
de aquel que va gritando por la historia
caballero al galope de un rocín de la Mancha!

.....
Hazte a la mar, España; eres su dueño,
porque tus carabelas le arrancaron al sueño
y desde que, angustiado de trinos españoles,
el turpial de «Goyescas» se abatió en las arenas

hay más gemidos en los caracoles
y son más armoniosas las sirenas.

¡Hazte a la mar, Quijote! Nave de la esperanza
una adarga la vela y el bauprés una lanza,
cierra contra el rebaño que en las olas blanquea,
cobra al futuro el secular reposo,
que hay en estas riberas del Toboso
lechos de palmas para Dulcinea.

Todo el mar de Occidente rebose de murmullos,
el árbol de la lengua se arrebujé en capullos,
haya en España mimos y en América arrullos,
el mismo vuelo tienda al porvenir los dos,
y el mundo, estupefacto, verá las maravillas
de una raza que tiene por pedestal tres quillas
y crece como un árbol hacia el cielo, ¡hacia Dios!.....

DISCURSO DEL EXCMO. SEÑOR D. JACINTO BENAVENTE

Nada más envidiado que la notoriedad. Pues aun el dinero, con ser también muy envidiado, tal vez lo sea, ante todo, porque significa notoriedad. Y yo envidio, por mi parte, a los que, conseguida la notoriedad, no sienten la pesadumbre de ella. Yo confieso, ya que no puedo desconocer mi notoriedad, y no incurriré en la dengosa modestia de considerarla del todo inmerecida, que por ella me desconozco, llego a perderme yo mismo, a no saber de mí...

Mal descansa la cabeza que soporta una corona, dijo Shakespeare, aunque la corona sea de oropel o cartón dorado, como éstas que los autores de comedias ostentamos en vida, que sólo el porvenir puede afirmarlas en más imperecedero material cuando nuestra obra va depurándose con el tiempo para perderse o para immortalizarse. Pero mientras vivimos... No nos faltan halagos, es cierto, mas a cuánta costa pagados...

No es sólo nuestra obra la que padece de juicios apasionados; es nuestra persona, que mientras vivimos no puede desprenderse de nuestra obra. Yo sé decir que en los más insignificantes actos de mi vida he llegado a perder la espontaneidad. Al sentirse uno observado de todos, tanto se observa uno, que ya no sabe cómo comportarse. Es uno jovial, comunicativo, accesible a todos. ¡Bah! No sabe qué hacer para popularizarse. Es uno reservado, grave, cauteloso. Es orgullo, dirán. Replica uno a los detractores, vanidad ofendida. Calla uno ante los ataques más enconados. Es desprecio orgulloso. Consigue uno ganar dinero. Mercantilismo. Creen que no tiene uno dinero. Estos escritores son unos perdidos. Las obras agradan al público. Es que son obras vulgares, halagadoras de la muchedumbre. No gustan. ¿Ven ustedes como eso no le gusta a nadie..? Se escribe mucho. No es posible que todo sea bueno. No se puede producir con tanta prisa. Se escribe poco. Pereza, ociosidad, agotamiento.

De mí se ha dicho que soy perezoso. Más de 30 volúmenes de obras escritas en menos de treinta años lo atestiguan. Y ahora, cuando yo creo que bien ganado tengo el descanso, se dice que no escribo por despecho, amargado por la crítica. Pues si yo me hubiera amargado por críticas, pronto

hubiera dejado de escribir, porque lo que me dicen ahora no es nada para lo que me decían cuando empezaba. No hay tal amargura, ni yo puedo quejarme del público, y menos del público de Madrid, a quien todo se lo debo, pues cuando al concederme el premio Nobel alguno me decía: «Ya ve usted, como siempre, en el extranjero le hacen a usted más justicia que en España, yo fui el primero en replicar: No; poco a poco. Si en el extranjero han llegado a saber de mí fué porque de España llegó mi nombre, y tanto como de España, de esa América española tan nuestra espiritualmente, que al recorrerla nunca pude sentirme extranjero en ella ni pude distinguir a los españoles de los americanos por el afecto que en agasajarme pusieron, y si hubo alguna excepción fué de algún compañero en letras, y aun eso para que con mayor razón pudiera creerme todavía en España».

Y ésta sería ocasión para hablar de nuestros intelectuales. No todos, por fortuna, de los que se complacen en denigrar a España ante los extranjeros, de los que contribuyen a la leyenda española. Enfadaría, si no causara risa, el concepto que de España tienen en América los mismos españoles. Creen que aquí no hay libertad para nada. En España, donde si de algo se ha pecado es de exceso de libertad para toda clase de propaganda, hasta para las que no consienten en ningún país del mundo: contra la unidad de la Patria. Y yo me he preguntado muchas veces: ¿Para qué querrán más libertad esos intelectuales? Porque bien sabe Dios que, aparte comineos personalísimos, yo no he descubierto en sus escritos grandes novedades ni grandes osadías de pensamiento, ni sé que ninguno de ellos haya aportado iniciativa alguna salvadora para la gobernación del Estado.

Chismes, y cuentos, y cominerías, como digo, eso sí. Ni siquiera atrevimientos, porque, como decía un amigo mío:

—Crea usted que no hay nada más fácil ni para lo que se necesite menos valor que para atacar al Rey y a la Sagrada Familia.

Yo, y es mi mayor satisfacción, que he pasado siempre por reaccionario entre los liberales y por liberal entre los reaccionarios, porque no he estado nunca a la devoción de ningún partido ni de ninguna idea, más que de una, España, nunca he sentido la falta de libertad para decir cuanto he pensado sinceramente, y sabe Dios como le pido también que me libre de ello, que si yo gobernara alguna vez en España mi programa de Gobierno sería algo más radical que el de esos atrevidos; pero como creo que no hay programa radical ni reforma razonable y justa que sea incompatible con la Monarquía, y que nada puede edificarse sin solidez, sin fundamento en la tradición y en la Historia, soy monárquico porque soy español.

¡Español! No sabéis al recorrer ese Nuevo Mundo—esa América Espa-

ñola, no consintamos nunca que se llame de otro modo—cómo se siente el orgullo de ser español ante aquella obra de nuestra sangre, de nuestro espíritu, que no tiene igual en la Historia del mundo.

Y nada más. Gracias con todo mi corazón a cuantos me habéis honrado en este acto.

La efusión de mi gratitud sólo acierta a expresarse en una palabra: ¡España! Los madrileños somos tan de todos, que para decir ¡Viva Madrid! nos basta con decir ¡Viva España!

**DISCURSO DEL EXCMO. SR. MARQUÉS
DE ESTELLA, Presidente del Directorio.**

SEÑOR, SEÑORAS Y SEÑORES:

Ciertamente nada más imprevisto para mí, nada que pudiera cogerme más desprovisto, que el peligro de tener que hablar en este acto solemne. Mi falta de práctica me había hecho no tomar medida alguna de previsión. Me presento aquí, pues, hoy, como el más humilde de los vecinos de «La ciudad alegre y confiada», lleno de temor porque espero que para mi modesta fama oratoria sea tan trágica esta «Noche del sábado» que estamos viviendo, como gloriosa fué la obra del mismo título para la persona a quien rendimos homenaje en presencia de V. M. Y lo sentiría tanto más, porque ello pudiera ser ocasión que aumentara «La comida de las fieras», fundándose acaso en que nuestro Gobierno, por la representación militar que aquí ostentamos y desconocedores de las normas de espiritualidad que le alientan, era un Gobierno representativo de «La fuerza bruta».

Yo, Señor, me encuentro en este acto recordando otro que V. M. honró con su presencia, porque gusta de dar a su espíritu descanso en actos de cultura en que se experimenta el placer purísimo, casi divino, de oír a hombres de ingenio que manejan el habla inimitable castellana, impulsados por un sólido e inagotable talento.

Dicho acto, Señor, fué al que en la Real Academia Española asistió S. M. hace pocas semanas, honrándome yo también con acompañarle; y cuando en él, el Sr. Conde de las Navas, Académico recipiendario, iba a ocupar el sillón del glorioso Canalejas, decía algo que cuadra mucho a su carácter; es decir, contaba un cuento que yo, aunque seguramente pierda mucho con el cambio de narrador, voy a reproducir:

El Sr. Conde de las Navas contaba cómo una familia burguesa, celebrando el ágape de Navidad, característico en los hogares españoles, y al presentarse el inmenso pavo en la mesa, un niño de la familia, no muy bien educado, empezaba a gritar «¡Quiero pavo, quiero pavo, quiero pavo». El padre, tampoco de mejor urbanidad, según el procedimiento educador

que eligió, empujó hacia él toda el ave, y el niño entonces, asustado, echó a llorar. Y decía el Sr. Conde de las Navas: «Cuando yo soñaba en ocupar este sillón decía: «Quiero este sillón»; y ahora, al verme delante de S. M. recibiendo la consagración, me parece mucho sillón para mí.»

Yo he soñado también alguna vez en la juventud que iba a hablar en nombre de S. M. y en representación suya; pero digo que ahora me parece «mucho pavo» en estos momentos.

Yo comprendo que era inexcusable esa sorpresa con que me he encontrado al sentarme al lado de S. M., de que estaba mi palabra incluída en el programa; y es inexcusable después de haber visto que el acto, con serlo mucho cuando se consagraba a enaltecer la figura excelsa del ilustre Benavente, ha venido a ser mucho más solemne cuando en el desenvolvimiento de las elocuentísimas palabras que en este salón municipal han sonado, se han emitido ideas tan nobles, tan elevadas y de tanta transcendencia; cuando el Sr. García Kohly, con elocuencia soberana, ha expresado aquel sentimiento que nace, que vibra, se representa y se manifiesta ya en todos los actos de los españoles, la unión de los corazones hispanoamericanos, que cada vez es más estrecha y más ferviente; cuando el ilustre Carracido nos acaba de manifestar que este acto tiene la sanción oficial de la presencia del Rey, sin la cual no la hubiera tenido completa. Y a esto yo me permito decir que tampoco hubiera tenido la completa sanción sin el refrendo del Gobierno aquí modestamente representado por mí.

Hemos oído luego con verdadero arrobamiento, cómo el trino de voz de la señora Díaz de Artigas, filtrándose a través del collar de perlas de sus dientes, nos recordaba la más bella gloria de la España de los días grandes que, como dice el Sr. Carracido, vive en el alma de todos, porque no tiene alma española el que en los momentos de dificultad cree que se ha empequeñecido la Patria y que se ha alejado la esperanza de engrandecerla.

En este momento, Señor, yo me permito refrendar el acto que V. M. ha llevado a cabo cruzando con la banda morada de la Orden que lleva por nombre el de vuestro glorioso padre, el pecho noble donde han latido y laten tantos sentimientos españoles tan brillantísimamente condensados en las cuartillas que nos acaba de leer el excelso Benavente. Y me permito refrendarlo con la más sincera aprobación del Gobierno para demostrar que éste, a quien pudiera tacharse de cualquier otra cosa, tiene uno de sus mayores honores en que se siga desenvolviendo la vida espiritual y científica del país, en que el progreso español culmine en este período del reinado de Don Alfonso XIII que ha venido impulsándolo constantemente, y que no por ser un Gobierno constituido por militares—aquellos militares que si hoy

hacen un esfuerzo y un sacrificio tan ajeno a su papel y a su misión, estuvieron siempre tan propicios a dar en el campo de batalla su propia sangre y vida—ha de entorpecer jamás la cultura española, mucho menos en este ramo de la literatura donde tenemos el más recio abolengo de escritores y soldados como Cervantes, Garcilaso, Lope de Vega y Ercilla, abolengo que expresa poéticamente aquel dístico que dice: «Las Armas a las Letras no rechazan, que Cervantes y Ercilla las enlazan». (*Grandes aplausos*).